

Rabindranath Tagore

MIS RECUERDOS

Traducción
de Isabel García López



EDICIONES DEL VIENTO

Título original: *My reminiscences*
Publicado por primera vez por MacMillan & Co., New York, 1917
Traducción de Isabel García López

© Ediciones del Viento, 2008

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña
Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com
www.edicionesdelviento.com

Diseño gráfico: David Carballal

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-96964-18-1

Depósito legal: xxxxxxx

Impresión: Valladares, s.l.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Índice

1. Preámbulo	9
2. Comienza la enseñanza	11
3. Dentro y fuera	15
4. Servocracia	25
5. La Escuela Normal	31
6. Versificación	35
7. Diversas clases	39
8. Mi primera excursión	45
9. Practicando con la poesía	49
10. El babu Srikantha	51
11. Nuestro curso bengalí llega a su fin	55
12. El profesor	59
13. Mi padre	65
14. Un viaje con mi padre	73
15. En el Himalaya	83
16. Mi regreso	89
17. Estudios en casa	97
18. El ambiente de mi casa	103
19. Compañeros literarios	109
20. Publicación	115
21. Bhanu Singh	117
22. Patriotismo	121

23. <i>Bharati</i>	127
24. Ahmedabad	131
25. Inglaterra	133
26. Loken Palit	145
27. “El corazón roto”	147
28. La música europea	153
29. <i>Valmiki Pratibha</i>	157
30. <i>Cantos del anochecer</i>	163
31. Un ensayo sobre música	167
32. La orilla del río	171
33. Más sobre <i>Cantos del anochecer</i>	175
34. <i>Cantos de la mañana</i>	179
35. Rajendra Lal Mitra	187
36. Karwar	191
37. “La venganza de la naturaleza”	195
38. <i>Pinturas y canciones</i>	199
39. Un periodo intermedio	201
40. Bankim Chandra	205
41. El viejo barco de vapor	209
42. Pérdida de seres queridos	211
43. Las lluvias y el otoño	217
44. <i>Sostenidos y bemoles</i>	221

1. Preámbulo

No sé quién pintó las imágenes de mi vida impresas en mi memoria. Pero quienquiera que sea, es un artista. No coge su pincel simplemente para reproducir todo lo que sucede, sino que conserva cosas o las descarta según le parece. Convierte lo grande en pequeño y lo pequeño en grande; no tiene reparos en relegar cosas a un segundo plano y al revés. Para abreviar, su tarea es pintar imágenes, no escribir historia. A medida que el flujo de acontecimientos va conformando el exterior de nuestra vida, en nuestro interior se van plasmando una serie de imágenes. Las dos partes guardan una estrecha relación, pero no son idénticas.

No nos tomamos el tiempo para observar con atención ese lienzo interior. De vez en cuando vislumbramos un fragmento, pero la mayor parte permanece oscura, oculta a nuestros ojos. ¿Por qué pinta el artista sin parar, cuándo completará su trabajo y qué galería está destinada a colgar sus pinturas?, ¿quién lo sabe?

Hace unos años, alguien me preguntó sobre los acontecimientos de mi pasado y tuve ocasión de explorar esa sala de pinturas. Había pensado que lo dejaría tras seleccionar unos cuantos episodios de mi historia. Pero al abrir la puerta, descubrí que los recuerdos de una vida no son su historia, sino creaciones originales de un artista invisible. La variedad de colores alrededor no son reflejos del mundo exterior, sino que pertenecen al pintor mismo y provienen, teñidos de pasión, de su

propio corazón, imposibilitando con ello que lo plasmado en el lienzo pueda ser usado como evidencia ante la Justicia.

Sin embargo, aunque pueda resultar estéril el intento de reconstruir una historia precisa y lógica a partir del almacén de los recuerdos, resulta fascinante revolver entre las imágenes. Su hechizo se apoderó de mí.

Mientras hacemos camino, parándonos sólo a descansar en los distintos refugios a la vera de la ruta, no vemos esas imágenes... las cosas nos parecen simplemente útiles, demasiado inmediatas para el recuerdo. Cuando el viajero ya no las necesita y ha llegado a su destino es cuando empiezan a surgir de nuevo. Todas las ciudades, praderas, ríos y colinas que atravesó en la mañana de su vida desfilan por su mente cuando se relaja al anochecer. De esa manera, miré con serenidad hacia atrás y quedé absorto con lo que vi.

¿Se despertó ese interés sólo por un cariño natural hacia mi pasado? Alguna inclinación personal tiene que haber habido, desde luego, pero las imágenes tienen un valor propio. Entre mis recuerdos no hay ningún episodio que merezca ser conservado eternamente. A pesar de ello, el valor literario no depende de la importancia del tema. Si somos capaces de transmitir a los demás algo que hayamos sentido de veras, ese algo será siempre acogido con respeto. Si las imágenes que han tomado forma en mi memoria pueden ser expresadas en palabras, serán dignas de un lugar en la literatura.

Así es como presento las imágenes de mis recuerdos, como material literario. Considerarlas como un intento de autobiografía sería un error. Desde esa perspectiva parecerían redundantes e incompletas¹.

1. Este libro se publicó en bengalí en 1911 con el título *Jibansmriti*. El autor tenía por entonces cincuenta años. La versión inglesa apareció en 1917.

2. Comienza la enseñanza

Los tres chicos crecimos juntos. Mis dos compañeros eran dos años mayores que yo. Cuando los pusieron bajo la supervisión del tutor, comenzó también mi educación, pero de lo que aprendí entonces nada me ha quedado en el recuerdo.

Lo que me viene una y otra vez a la cabeza es esto: “La lluvia golpetea, la hoja tiembla”². Lo oí por primera vez cuando me dispuse a echar el ancla tras cruzar la tormentosa región de las series de bisílabos *kara, khala*³. En aquel momento me pareció el primer poema del antepasado de todos los poetas. Siempre que el placer de ese día vuelve a mí, incluso ahora, me doy cuenta de por qué la rima es tan importante en la poesía. A causa de la rima las palabras llegan a su fin y, sin embargo, no terminan; la voz se apaga, pero no su timbre; el oído y la mente continúan con su juego lanzándose la rima mutuamente. Por consiguiente, la lluvia golpeteaba y las hojas temblaban en mi conciencia de continuo.

Hay otro episodio de ese periodo de mi temprana infancia grabado con firmeza en mi mente.

A cargo del dinero teníamos un viejo cajero, de nombre Kailash, que era como de la familia. Poseía un gran ingenio y se pasaba la vida

2. Rima infantil en el libro de texto de los niños bengalíes.

3. Ejercicios en bisílabos.

haciendo chistes a costa de todo el mundo, viejos y jóvenes; los yernos recién casados y los recién llegados al círculo familiar eran su blanco predilecto. Incluso después de su muerte llegamos a sospechar que su sentido del humor no le había abandonado. En cierta ocasión los mayores intentaron iniciar un servicio de mensajería con el más allá por medio de una tabla espiritista. En una de las sesiones el lápiz garabateó el nombre de Kailash. Le preguntaron qué tipo de vida llevaba uno allí donde él estaba. «Yo tuve que descubrirlo por las malas, muriéndome», llegó la respuesta. «Y ahora vosotros, los que quedáis vivos, queréis saber tanto como yo. ¡De eso nanay!»

Para mi gran deleite, Kailash solía recitar una balada simplona compuesta por él mismo. Yo era el héroe y me describía esperando con ansia la llegada de una heroína. Era una novia tan bella que incluso el destino quedó prendado en su presencia; mientras lo escuchaba, su imagen resplandecía en mi mente. La lista de la joyería que la cubría de pies a cabeza y el esplendor nunca visto de los preparativos de boda podrían haber mareado cabezas más viejas y sabias, pero lo que conmovía a ese niño y lo que hacía flotar imágenes de felicidad ante sus ojos era el soniquete de las rimas y la cadencia del ritmo.

Esas dos emociones literarias permanecen aún en mi memoria, y hay otra más, el clásico verso infantil: “La lluvia cae a raudales, la corriente sube en el río”.

Lo siguiente que recuerdo es el comienzo de mi vida escolar. Un día vi a mi hermano y a Satya, el hijo de mi hermana, que era también un poco más mayor que yo, yéndose a la escuela y dejándome atrás por considerarme todavía no apto⁴. Aún no había montado en un carruaje ni salido de nuestros jardines. Así que cuando Satya regresó con un montón de relatos, entusiastas en exceso, de sus aventuras por el camino, sentí que definitivamente no podía quedarme en casa. Nuestro tutor intentó disipar mi fantasía con un buen consejo y una sonora

4. Rabindranath, último de catorce hijos, nació el 7 de mayo de 1861 en el seno de una familia brahmán de grandes terratenientes de las más influyentes de Calcuta. Su nombre significa “el señor del sol”, pues su padre vaticinó que por dondequiera que su hijo fuera, el mundo se iluminaría.

bofetada: «Ahora estás llorando por ir a la escuela, más adelante tendrás que llorar para que te permitan no ir». No recuerdo el nombre, la cara ni el carácter de ese tutor, pero la impresión de ese consejo de peso y de su aún más pesada mano todavía no se ha difuminado. En mi vida he oído una profecía más cierta.

Mis lloros me condujeron prematuramente al Seminario Oriental. No tengo ni idea de lo que allí aprendí, pero aún conservo el recuerdo de uno de sus métodos de castigo. Un chico que fuera incapaz de repetir las lecciones era obligado a ponerse de pie en un banco con los brazos extendidos y en las palmas de las manos le apilaban varias pizarras. Dejemos a los psicólogos discutir hasta qué punto tal método puede conducir a una mejor comprensión de las cosas.

Así pues, comencé mis estudios a muy tierna edad. Mi iniciación a la literatura llegó por esa época, a través de los libros que estaban de moda en los aposentos de los criados. De entre ellos los más importantes eran una traducción bengalí de los aforismo de Chanakya⁵ y el *Ramayana*⁶ de Krittivas. Recuerdo con claridad un día en especial en el que estuve leyendo ese *Ramayana*.

El cielo estaba nublado. Yo estaba jugando por la larga veranda que daba a la calle⁷. De pronto, Satya, por alguna razón que no recuerdo, decidió asustarme gritando: «¡Policía, policía!». Mi noción de los deberes de un policía era vaga en extremo. Sin embargo, de una cosa estaba seguro: una vez en manos de uno de ellos, una persona culpada

5. Chanakya es uno de los nombres de Kautilya, ministro brahmán del rey maurya Chandragupta (siglo IV a.C.). A este ministro se le atribuye la composición de los *Arthashastras*, una serie de quince tratados que versan sobre la forma de gobernar. Esta valiosa obra contiene además información detallada sobre geología, agricultura, minería o cría de ganado.

6. Junto con el *Mahabharata*, es una de las dos grandes epopeyas indias en sánscrito atribuida al poeta Valmiki y compuesta probablemente entre 200 a.C. y 200 d.C. Krittivas fue el primero en traducirla al bengalí. Su versión se convirtió en un clásico de la cultura bengalí a todos los niveles.

7. La enorme mansión familiar de Jorasanko, al norte de Calcuta, constaba de un conjunto de edificios irregulares de tres pisos que se fueron ampliando según la familia fue aumentando. Los edificios estaban bordeados por estrechas galerías de columnas que daban a varios patios o cuadrángulos. En las inmediaciones de esta casa se encuentra hoy la Universidad Rabindra *Bharati* y el museo Rabindra.

de un crimen desaparecería y no sería vista nunca más, tan cierto como un desgraciado al que atrapara un cocodrilo. No sabiendo cómo un chico inocente podía escapar a tan implacable castigo, huí a las habitaciones del interior⁸, mientras por la espalda me bajaban escalofríos de miedo ciego a los policías que me perseguían. Le comuniqué a mi madre la noticia de mi inminente perdición, sin embargo no pareció preocuparla mucho. A pesar de ello, no iba a correr ningún riesgo; me senté en el umbral de su puerta para leer el *Ramayana*, perteneciente a una vieja tía, con hojas con los picos curvados por el desgaste y una cubierta de papel veteado. Frente a mí se extendía la veranda que recorría los cuatro lados del patio interior, brillando con suavidad a la luz de un cielo cubierto al atardecer. Al encontrarme llorando a causa de una escena triste, mi tía abuela me quitó el libro.

8. Las habitaciones de la parte exterior de la casa estaban destinadas a los hombres. Las de la parte interior, a las mujeres.